

## EL TRIÁNGULO DEL ORO

El expreso nocturno a Chiang-Mai sale desde un andén muy cercano al del Oriental and Eastern Express que lleva de Bangkok a Singapur en un viaje de dos noches y tres días por la península de Malaca. Vagones forrados de caoba, compartimentos con ducha y toallas de blanca felpa gruesa, menú tai u occidental a elegir, restaurante con lámparas art-deco sobre las mesas, jarroncitos con orquídeas frescas y camareros con chaquetillas de un blanco impoluto.

No hay diferencias entre los pasajeros de un tren al que Wagon Lits le ha puesto un precio tan elevado como redondo: tres mil dólares americanos. En el expreso a Chiang Mai hay dos clases de pasajeros: los que viajan en departamento (los menos) y los que lo hacen en litera (la mayoría). Doce años atrás mi mujer y dos amigas hicieron el

viaje en litera y la diferencia entre viajar así o hacerlo en departamento, como el paseo de ida y vuelta hasta el vagón restaurante me sirvió para comprobar, justificaba la diferencia de precio.

Salimos de la estación central de Bangkok a la hora prevista y era ya noche cerrada. Las largas tapias de color vainilla del Palacio Real nos regalaron un espectáculo casi irreal (cenefas relucientes, árboles con bombillas de colores y el recorrido entero jalonado con grandes retratos luminosos de la soberana cuyo cumpleaños se celebraba el martes siguiente) que solo sirvió para agudizar el impacto de lo que siguió: cientos, miles de chamizos y chabolas agolpados a lo largo de diez o doce kilómetros de la vía férrea, el duro y tétrico *bidonville* donde malviven decenas de miles de los pobres más pobres de la ciudad.

Poco antes de dormir le leí a Pilar algunos datos sobre Chiang Mai, la Ciudad Nueva, la capital de la Tailandia del Norte y, a cambio, ella me leyó historias sobre un templo al

que se sube por una escalera de trescientos peldaños, sobre un elefante blanco que decidió morir allí, sobre el contrabando de jade, sobre un águila que robó un polluelo al que los campesinos rescataron a pedradas, y sobre lo que el polluelo – crecido ya, y gallo adulto - hizo luego para preservar el templo... Lo último que alcancé a escuchar fue que los thais se vanaglorian de no haber sido colonizados gracias a su capacidad de maniobra “entre los bebedores de té y los comedores de ranas”. Luego, inesperado producto del duermevela, imaginé una actualización de la metáfora a base de hamburguesas y chop suey. A continuación me quedé dormido.

Llegamos a Chiang-Mai por la mañana temprano. Desde el primer vistazo me pareció una ciudad mucho más vivible que Bangkok: más pequeña, con un centro relativamente preservado, sin pasos ni vías elevadas, sin rascacielos, sin atascos inacabables. Era domingo y la mayoría de los comercios estaban cerrados pero aún así las

calles y los mercados bullían y la zona central se engalanaba para el cumpleaños regio. Caminamos durante buena parte del día, dejándonos arrastrar por ríos densos ríos de gente que se movía con la gentileza con que suelen moverse los ríos de tais, mucho más suaves, menos turbulentos que los chinos o los indios. Tuve la impresión de que la ciudad se mantiene en un inestable equilibrio donde lo viejo y lo nuevo logran aún convivir, un lugar afortunado y frágil donde el plástico no ha desplazado todavía a la madera de teca.

Cenamos en *L´Antique*, un restaurante ubicado en una antigua casa de madera rodeada de un amplio jardín que contiene el mobiliario y los utensilios originales del siglo XIX. Uno puede sentarse allí al arrullo de una fuente, bajo árboles frondosos, disfrutando la sensación de vivir un momento especial en un ambiente poco contaminado por el turismo.

Al día siguiente fuimos al Inthanon National Park, recorrimos sus enormes invernaderos y sus cuidados parterres, y partimos luego rumbo a unas colinas cercanas que según nuestro chofer era dos colinas gemelas rematadas por sendas estupas, también gemelas y de proporciones colosales. Llovía. Subimos una escalera interminable bajo un aguacero cada vez más intenso. Chapoteábamos de un charco a otro azotados por un viento racheado que nos forzaba a caminar encogidos y sin soltarnos del pasamanos. Un cartel bilingüe explicaba que si el día era claro desde la cima podían verse las montañas birmanas. Entramos en una de las estupas y el contenido, frío, funcional y moderno, nos defraudó. Dimos media vuelta, bajamos la misma escalera bajo el mismo monzón que a la subida y llegamos al coche empapados, ateridos y sin haber avistado las montañas birmanas. Sin embargo, por alguna extraña razón éramos felices y esa felicidad, cuyo origen no lográbamos discernir, se la contagiarnos al chófer

que sonrió complacido. De regreso a Chiang Mai nos aconsejó detenernos en Chom Tong. “No es un pueblo bonito” dijo “pero allí está el Wat Pra That Si Chong y eso sí merece la pena”

El Wat Pra That Si Chong no es un templo sino un complejo de templos de estilo birmano edificados durante el periodo Lama, y pasa por ser uno de los conjuntos más bellos de esta parte del país. Por vez primera vimos templos con tejados de madera y columnas de teca, y de dimensiones más acordes con las civilizaciones para las que Gautama concibió su religión que los grandes edificios de mampostería y ladrillo de las sucesivas capitales del antiguo Reino de Siam. El conjunto estaba rodeado por una alta tapia blanca, y rodeado en parte por un riachuelo al que se bajaba por una escalinata flanqueada por dos hermosas nagas de piedra. Los árboles y arbustos de sus orillas tenían cintas multicolores anudadas. Los monjes sonreían y nos saludaban. Vimos monjas budistas con túnicas blancas

caminando lentamente entre los edificios. Las campanitas de la estupa central tintineaban mecidas por una suave brisa.

El templo principal era pequeño y agradable. Dentro, pequeños grupos de fieles charlaban con los monjes u oraban ante la estatua de buda. Detrás del altar, en una habitación cerrada con una verja, había una colección de objetos religiosos cubiertos de polvo. Traté de averiguar de cuándo databan pero nadie hablaba inglés allí. Salimos a los jardines, nos hicimos varias fotos junto a la estatua de un elefante multicolor y nos dirigimos a la salida tratando de retener en la memoria los detalles que íbamos observando. Nos resistíamos a abandonar aquél espacio de meditación, aquel conjunto de jardines, templos, estupas, viviendas y escuelas que generaban un clima de paz, tranquilidad y recogimiento como hasta entonces no habíamos podido disfrutar.

Cerca de la salida había un túmulo funerario de mármol blanco defendido por una verja de hierro forjado con una puerta. La puerta tenía una leyenda escrita en tai y, sobre ella, una fotografía en blanco y negro de un anciano monje ya fallecido. Pilar me señaló un cartel colgado a la izquierda de la puerta, el único en inglés en todo el recinto. Rezaba: *No women allowed beyond this point.* “Hasta la tradicional tolerancia de los budistas tiene su límite” exclamó burlona “¡Y como en las demás religiones el límite está siempre en el mismo sitio”.

El lunes amaneció lloviendo. Habíamos pensado ir al *Doi Suthep* pero el aguacero era disuasorio. Provistos de chubasquero y paraguas salimos sin rumbo cierto y al cabo de un rato nos refugiamos en un ciber-café a esperar que escampara mientras leíamos nuestros correos. Aproveché para buscar en Google referencias de escritores occidentales sobre Chiang Mai y no encontré ni una. Luego miré hacia la puerta y escuché el aguacero. Distinguí el

golpeteo del agua sobre las cornisas, en los canalones y las acequias, contra los tejados de ladrillo, chapa y madera. Era como si de un improvisado instrumento, mitad de percusión mitad de viento, brotara una melodía líquida. Me pregunté si alguien habría grabado ya esa música tan sugerente y de tan fuerte poder evocador. Pora auténtica, me gustaba más que la de los discos de música relajante o “zen” tan de moda últimamente. Me prometí averiguarlo.

Salimos cuando la lluvia aflojaba y buscamos transporte. El conductor de tuk-tuk que nos llevó al *Wat Suang Dok* sabía solo dos palabras en inglés (¡Happy, happy! y ¡Budda, Budda!) y las repetía vinieran o no a cuento o no, pero se las arregló para explicarnos lo contento que estaba por llevarnos. Se trata de un recinto inmenso en cuyo interior hay dos grandes avenidas por donde circulan autobuses, automóviles y motocicletas. Las viviendas y escuelas, incluido un centro de altos estudios budistas, se alinean en los laterales. El centro lo ocupa un templo

enorme con columnas de estuco pintadas de amarillo y vermellón y decoradas con inscrustaciones verdes y azules, una estupa y un cementerio.

Las paredes del templo descienden del techo y no llegan al suelo de modo que la brisa ventila siempre el interior, desde el cual pueden contemplarse los jardines, el cementerio y una bulliciosa tropa de gallos dorados y negros que corretean entre los arriates. Dentro hay esteras para la oración, mesas y sillas de plástico de diversos colores y por unos pocos baths se pueden comprar folletos, postales, bocadillos y refrescos. Los fieles conversan, meditan, duermen, oran o simplemente se protegen de la lluvia cuando es necesario. Nada muy distinto de los que sucedía en las catedrales europeas durante la Edad Media.

Nuestro conductor era un hombre piadoso. A cada rato se postraba y hacía una reverencia. Un par de veces se detuvo a orar. Me fijé que llevaba un grueso manojo de relicarios bajo la camisa y al darse cuenta se empeñó en

mostrármelos. Estaba muy orgulloso de uno de ellos, una especie de cajita de metal oscuro con una cadena dorada y de un tamaño algo mayor que el resto. Por señas, me explicó que contenía un cabello del monje principal de aquél templo cuya fotografía decoraba los laterales del altar: Lo abrió y me mostró su interior. Yo no vi nada pero hice como que veía. Él lo cerró y se lo volvió a colgar. Su sonrisa era como la de un niño pequeño enseñándole su más preciado tesoro a un recién llegado.

A continuación insistió en llevarnos al otro lado del río, a la zona de fábricas y mercados de gemas, seda, jade, laca, piel y “antigüedades” de Sam Kampaeng. Accedimos a regañadientes. Salimos del casco urbano por una carretera estrecha y bien asfaltada por la que recorrimos siete u ocho kilómetros. La doble fila de autobuses estacionados a ambos lados de la carretera mostraba a las claras que era una zona de establecimientos para turistas, justo el tipo de barrio que nos habíamos jurado evitar, pero la cosa ya no

tenía remedio. De vez en cuando, él se detenía, nosotros entrábamos en una o dos tiendas, salíamos sin ningún paquete y a nuestro hombre se le iba borrando la sonrisa, pero aún así siguió con su actitud paciente y amable hasta el final. Para no desairarle Pilar acabó comprando tres piezas de seda salvaje a un precio triple del que hubiéramos pagado en el barrio indio de Bangkok. De regreso, le pedimos que nos dejara en el Aroon Rai, un restaurante famoso por sus curries y sus precios, y lo despedimos con una propina que le devolvió la sonrisa.

Mientras comíamos hablamos sobre esos temas que enturbian la idílica imagen del país contenida en los folletos de las agencias de viaje: la prostitución infantil, el tráfico de drogas, la miseria de los klongs, la guerra sucia entre policías y traficantes, la corrupción, la tentación militarista de la política tailandesa. Luego cambiamos el cuadro y nos dedicamos a su maravillosa cocina. Cuando terminamos había dejado de llover y discutimos si ir o no hasta el Doi

Suthep. Salimos, paramos un taxi colectivo, el conductor nos escuchó sin inmutarse. A continuación nos advirtió que tardaríamos cuarenta minutos en llegar, que el taxi era para ocho personas, que nos cobraría la tarifa completa, que la carretera estaba en obras, seguramente habría niebla, entrar al monasterio estaba prohibido después de las seis, y en todo caso regresaríamos siendo ya noche cerrada. Yo seguía dudando pero Pilar cortó la conversación: “Entonces no hay tiempo que perder” dijo. Y se subió de un salto.

Atravesamos los arrabales de la ciudad por una carretera que se adentraba en el denso bosque que cubre las laderas de la montaña donde se asienta el templo y cuya configuración va cambiando a medida que se asciende. La subida se torna más empinada cuanto más se sube y es como si el terreno, rocoso y de contornos cada vez más escarpados, quisiera poner a prueba la determinación de quienes pretenden llegar a la cima. La niebla se fue cerrando y nos envolvía por completo a mitad de la subida.

Al tomar una curva, a través de un inesperado claro, pudimos ver, abajo y a lo lejos, la ancha meseta sobre la que se asienta Chiang-Mai y el brillo de sus edificaciones bajo los últimos rayos del sol de la tarde. Fue una visión fugaz de inmediato cegada por una niebla aún más espesa. El conductor aminoró la marcha y encendió las luces pero nada se veía a dos metros, ni siquiera las márgenes de la carretera. Fuimos quedándonos mudos, sobrecogidos, y meditando si aquel viaje nos llevaba, en realidad, a alguna parte; si el empeño en llegar a la cima merecía la pena. De cuando en cuando, la luz de unos focos en sentido contrario nos recordaba que seguíamos en este mundo, rodando sobre una carretera.

Pasamos una zona de curvas muy cerradas. En varias de ellas el firme había cedido ante el empuje de las torrenteras que se despeñaban por la ladera. Había obras y estaban señalizadas, pero la niebla impedía ver las señales hasta el último momento cuando la cosa ya no tenía

remedio. El último cuarto de hora se hizo interminable. La niebla levantó poco antes de coronar y cuando el automóvil se detuvo y bajamos pensé que si la subida había sido mala la bajada sería aún peor. Por supuesto no dije nada. No quería estropear una visita que tanto trabajo nos había costado realizar.

Lo inclemente del tiempo y lo tardío de la hora habían dispersado a los vendedores ambulantes y vaciado los chiringuitos de la base del monasterio. Solo una o dos mujeres nos ofrecieron su mercancía y un par de perros callejeros nos persiguieron unos pocos pasos. Recuerdo la escalera de trescientos siete escalones, las enormes nagas que la flanquean, el recinto del templo, la sensación de fortuna por llegar a tiempo a la ceremonia de las seis, las pinturas policromadas de las galerías interiores, los treinta o cuarenta monjes con sus túnicas de color azafrán, los grupos de colegiales portando cirios encendidos y flores de loto en las manos.

Recuerdo, como si lo estuviera oyendo, el ritmo ronco y grave de los mantras; a los escasos fieles empapados hasta las orejas y con panecillos de oro entre los dedos; los cubos de plástico rojos y amarillos rebosantes de ofrendas; la colección de budas del recinto exterior. Ya no llovía pero sobre el suelo de mármol había una película de dos dedos de agua. No hacía mucho calor pero la humedad era extrema, el vapor de agua se condensaba sobre la piel y las ropas, y el sudor no se evaporaba. Era como meterse vestido en una bañera de agua tibia tras salir de una sauna. Dado que la zona pública del templo no es muy grande y la oración de las seis es uno de los dos momentos importantes del día, había una densidad iconográfica, un ritual de movimientos, colores, sonidos y olores difícil de contemplar en otros momentos. El contrapunto lo ponía el atuendo de los espectadores adolescentes, la mayoría vestidos a la occidental, entre los que destacaban tres o cuatro chicos

con camisetas del Barca, el número y nombre de su jugador preferido escrito en grandes letras blancas a la espalda.

A la mañana siguiente partimos hacia Chiang-Rai en una furgoneta nueva de seis plazas con chofer y guía para nosotros solos. La primera parada fue en un orquidiario para cuya cabal descripción se necesitarían habilidades literarias y conocimientos de botánica muy superiores a los míos. La segunda fue en una granja de elefantes. Solo quedan unos pocos cientos de elefantes en Tailandia y para preservarlos el gobierno subvenciona granjas donde los elefantes se bañan, danzan, tocan la armónica, juegan al fútbol y pintan cuadros con largos pinceles que manejan con la trompa. Los cuadros se subastan luego entre el público. Delante de nosotros, un turista japonés pagó mil dólares por uno de ellos. Pese a la calculada alegría de cuidadores y guías, y a los alborzados gritos de los niños cuando un bebé elefante

les arrebató un manojo de plátanos de la mano, había algo triste y patético en aquellos monstruos de la jungla, antaño poderosos y temibles, y reducidos ahora a la condición de bufones de grupos de extranjeros indolentes que les ofrecían comida, reían sus gracias y les aplaudían cuando tocaba.

Mientras visitábamos la granja, Pilar descubrió que el viaje hasta Chiang-Rai se podía hacer en barca desde Thaton. Ello implicaba cuatro horas en autobús desde Chiang Mai hasta Thaton y otras cuatro en piragua bajando por el río Kok hasta Chiang-Rai, y yo me defendí diciendo que eso habría significado levantarse a la seis y media para tomar el autobús de las siete y media y llegar al embarcadero a las once y media. Por si fuera poco, la última piragua salía de Thaton a las doce y media, con lo que si por cualquier motivo nos retrasábamos y la perdíamos nos veríamos obligados a buscar otro medio de transporte. No era seguro encontrarlo, y además vaya usted a saber a qué

precio, pero ella no estaba por dejarse convencer. Ese era uno de sus motivos de queja. El otro era que nuestra guía le irritaba.

Se llamaba Prom, era de Bangkok y la menor de cuatro hermanos. Su padre era abogado o funcionario, no recuerdo, y sus hermanos, o trabajaban con el padre o se dedicaban a los negocios. Parecía un producto típico de las jóvenes generaciones de clase media de la capital: una muchacha joven, parlanchina, bien vestida y mejor dispuesta que hablaba un español aceptable. La mayor parte de las veces sus explicaciones resultaban obvias y, con frecuencia, plagadas de tópicos. Pilar había intentado conversar con ella sobre la situación de las mujeres en Tailandia y solo había conseguido respuestas superficiales o “políticamente correctas”. Pero lo peor eran el tono de su voz (agudo, casi aflautado y con frecuencia hiriente) y su irritante manía de parar a cada rato para “descansar” y “refrescarnos”. De forma que llegamos al Hotel Dusit,

situado a las afueras de Chiang Rai sobre una isla artificial a las orillas del río - un hotel nuevo, bien dotado para las reuniones de negocios y con embarcadero propio - hartos de sus atenciones y más bien enfurruñados.

Después de comer el programa incluía una excursión por el río Kok arriba. Desde la margen izquierda se puede acceder a algunos poblados de las tribus Akha y Karen que, aunque humildes, son casi todos de nueva planta y forman parte de los esfuerzos del gobierno por reasentar a las tribus de las montañas. Compramos collares, pulseritas y bolsos de tela de diseños extrañamente similares a los que encuentran en muchas aldeas de Centroamérica, aunque tal vez aquí, me dije, los hilos no fueran importados. A medida que nos explicaban las diferencias de color y diseño de las vestimentas y los tocados recordaba yo las explicaciones sobre los huipiles guatemaltecos que había oído en Chichi, o sobre las molas de los indios cuna en Colón. Como allá, el comercio parecía estar también aquí en manos de las

mujeres y los niños sin que fuera posible averiguar a qué se dedicaban los hombres.

De regreso a la ciudad, el cielo se cubrió de pronto y el monzón nos obsequió con un chubasco inolvidable. Nuestra barca tenía un pequeño toldo verde a popa, incapaz de protegernos del aguacero y a cada poco adelantábamos alguna de las estrechas piraguas descubiertas que bajaban desde Thaton. Iban cargadas hasta los topes, con los pasajeros inclinados sobre sus rodillas y las imaginé sorteando los troncos y los rápidos del curso alto del río y cabeceando todo el tiempo. Le hice un gesto a Pilar pero ella negó con la cabeza. Entramos en el hotel ensopados, cruzamos el restaurante y el vestíbulo y subimos a la habitación para cambiarnos. Para, genio y figura, media hora después salir de nuevo por la puerta principal, atravesar el aparcamiento y los jardines, cruzar un pequeño puente y tomar una *rickshaw* hasta el centro de la ciudad.

Fundada en 1262 por el rey Mengrai, Chiang-Rai fue la primera capital del reino lanna que durante los siguientes tres siglos peleó con birmanos y tailandeses por su independencia. Treinta y cuatro años después la corte se trasladó a Chiang-Mai y la ciudad decayó. Durante los últimos años, se han construido dos o tres nuevos hoteles y los turistas, sobre todo jóvenes, usan Chiang Rai como base de operaciones para las rutas de senderismo o las excursiones por el río. Existe una no concretada expectativa de aumentar el comercio con China, separada por unos doscientos kilómetros de territorio laosiano, aunque eso parece depender sobre todo de cómo evolucione la siempre compleja relación entre Tailandia y Laos.

Llegamos al centro cuando la tarde declinaba y en menos de media hora habíamos recorrido sus cuatro calles útiles. La vida comercial se organiza en torno a la estación de autobuses y el mercado nocturno es pequeño pero animado. Uno compra su comida en cualquiera de las dos

docenas de puestos humeantes que bordean la plaza y se sienta luego en las mesas del centro. Sobre un escenario fijo sucesivos oleadas de artistas locales amenizan la velada. Música tradicional y vestidos y decorados inenarrables: ni en el escenificado cuento de hadas de una fiesta de fin de curso de un remilgado internado de señoritas nos atreveríamos en Europa a presentar algo así.

El paseo posterior a la cena nos descubrió que en Chiang-Rai están dos de las mejores tiendas de antigüedades que habíamos visto en Tailandia. La de la calle principal ofrecía una excelente colección de budas y figuritas de los siglos XVII y siguientes, así como delicadas tallas laosianas antiguas en maderas de balsa y de teka. Los precios eran muy razonables y la tentación de comprar invencible. Recordé que el comercio de antigüedades está prohibido en Laos, cuyo patrimonio cultural ha sido saqueado a lo largo de la historia por sucesivas oleadas de invasores asiáticos y occidentales. Al final, Pilar compró una

pequeña talla de buda del periodo lanna y salimos de la tienda convencidos de estar perdiendo una oportunidad única. Regresamos al hotel en tuk-tuk frustrados pero contentos: al día siguiente partíamos hacia el Triángulo de Oro y el Mekong, y durante la cena habíamos aventado nuestras murrias de la mañana.

La mañana siguiente amaneció con el cielo limpio, el sol violento y la temperatura en ascenso. De camino a Mae San, en la frontera birmana, nos detuvimos en un poblado Akha. Los akhas son una tribu originaria del Tíbet que llegó a los valles tailandeses desde Birmania a mediados del siglo XIX. Las mujeres akhas mandan en la familia. Los akhas son famosos por el culto a los antepasados, por sus avanzadas costumbres sexuales y por mascar betel todo el tiempo. Decoran sus puertas con pequeñas esculturas de personas para advertirle a los espíritus que allí solo pueden

entrar seres humanos. Al menos, eso dicen los folletos. Los poblados suelen tener una casita del amor, especie de choza comunal donde los jóvenes novios pueden practicar el amor antes de casarse. También suele haber una plaza denominada “de los jóvenes” donde dos adultos, normalmente un viudo o una viuda sin hijos a cargo, les imparten educación sexual.

Entramos en una casa akha, una amplia choza elevada de madera y caña, con techo de hoja de palma. El interior estaba dividido por tabiques incompletos de palma en tres estancias: dos dormitorios y una cocina. Los escasos enseres cuelgan de los tabiques o de gruesos clavos clavados en los postes de madera. A la entrada, un papel amarillento aseguraba, en inglés y tai, que alguna vez aquel lugar había sido desinsectado. Pero no vimos ninguna figurita auyentadora de espíritus, tal vez porque el poblado disponía de una especie de pórtico o entrada colectiva destinada a ese fin. Bajo la casa estaban el gallinero y la

cochiguera. Gallinas y cerdos convivían con una motocicleta en buen uso y los restos oxidados de una bicicleta. Las fotos de los habitantes costaban diez baths (si era un adulto) o la compra de alguna chuchería (si se trataba de un niño). Solo dos mujeres ancianas nos negaron permiso para fotografiarlas.

El poblado tenía una escuela a la que acudían los niños de la zona. Había sido fundada diez años atrás por una maestra tai casada con un alemán jubilado que había decidido retirarse en aquellas montañas. No sé por qué me lo imaginé alto, grueso, más bien corpulento, con voz potente y patillas bien pobladas. Me pregunté qué habría podido llevar a un jubilado alemán a retirarse en aquellas montañas y se me ocurrieron media docena de razones. De regreso hacia la carretera, Prom nos enseñó la casa y a punto estuve de parar para preguntarle al dueño cuál de todas había sido la suya y si aún seguía siendo válida. Ya nos íbamos cuando llegaron dos furgonetas con una docena

de turistas alemanes, italianos y españoles, muestra irrefutable de que el poblado había sido ya “globalizado” por las agencias turísticas.

De allí fuimos hasta el palacio de verano de la reina madre, dos horas de carretera serpenteante entre colinas cada vez más altas. A medida que subíamos, la temperatura se iba dulcificando y el paisaje cambiaba poco a poco. Ubicado en lo alto de una hermosa colina con vistas panorámicas sobre el valle, por un lado, y sobre las altas colinas que llevan a Birmania, por otro, el palacio lo forman un jardín botánico en la ladera y una casa de proporciones relativamente modestas en la cumbre. La reina madre residió en Suiza durante los años treinta y a su regreso a Siam se hizo construir una casa de madera de pino desbastada de estilo alpino. Hasta las jardineras con flores de los balcones parecían sacadas de casitas tradicionales de Friburgo o Interlaken.

Recorrimos el interior del palacio y las terrazas del lado oeste, y contemplamos luego el dormitorio y el estudio privados de la reina tal como ella los dejó a su muerte. La decoración, el mobiliario y algunos efectos personales, pulcramente dispuestos, revelaban los gustos y costumbres de una mujer moderna y sobria, con un sentido funcional muy alejado de la sobrecargada pompa que normalmente se asocia a las monarquías asiáticas. Había pasado aquí los últimos años de su vida cultivando su jardín y supervisando desde las terrazas el trabajo de los campesinos del valle a quienes cariñosamente llamaba “mis hijos”. A la salida, Prom nos explicó que la reina madre hizo educar al heredero y actual rey en Europa, y que éste había hecho lo propio con su hijo mayor. En su opinión, su generación vería un rey de estilo occidental en el trono de Siam y eso daría el empujón definitivo a la modernización del país. Habíamos escuchado versiones menos amables sobre el príncipe heredero pero hicimos votos porque así fuera. De camino

hacia la entrada del recinto, paseando bajo una curiosa mezcla de tamarindos y coníferas, pensé en el rey Rama IV. También él intentó educar a su hijo en las costumbres occidentales para lo que trajo una institutriz norteamericana a palacio. Pensé en todo lo sucedido desde entonces, incluido el que la versión hollywoodesca del episodio, un terrible pastiche en cinemascope y technicolor en el que solo se salva la interpretación de Debora Kerr, aún no sea demasiado bien recibida en Tailandia. La historia, me dije, no suele dejarse escribir por una sola mano.

Continuamos hacia Mai Sai donde un puente sobre un barranco marca la frontera con Birmania. La ciudad ha crecido a lo largo de la avenida principal transformada, merced al contrabando tolerado por ambos gobiernos, en una larga arteria de tráfico de todo. En algunos momentos me recordó a Tijuana, solo que al revés. Se podía cruzar al otro lado previo pago de unos cuantos dólares pero Prom

nos advirtió que, en Tachilek, en el lado birmano, el panorama era semejante y en todo caso menos surtido.

Almorzamos el curry más picante de todo el viaje, visitamos dos o tres anticuarios ni mejores ni más baratos que los de Chiang-Rai y partimos hacia a Sop Ruak. Nos excitaba pensar que esa noche dormiríamos en el centro del Triángulo de Oro.

La tarde era luminosa. El sol brillaba pero no quemaba. Aquí y allá, unas pocas nubes altas nimbaban sus rayos que caían oblicuos sobre las plantaciones de arroz. En la lejanía grupos de campesinos se inclinaban sobre campos encharcados. En cuadrillas de diez o doce laboraban al unísono. Algunos llevaban la cabeza cubierta con pañuelos anudados, otros usaban sombreros de paja de diseño birmano. Si no fuera por lo duro que resulta cultivar arroz a esas temperaturas, con esa humedad y hundidos en el fango hasta la caderas, se diría que el espectáculo desprendía una bucólica placidez.

Nos paramos para hacer fotos. Por el arcén opuesto pasó un campesino con camisa a cuadros y botas de goma. Llevaba una azada al hombro. Se detuvo, nos observó un momento, sonrió levemente y prosiguió su camino. Era menudo, delgado, de edad indefinible y tenía el rostro curtido y sembrado de arrugas. Me sorprendió que llevara un grueso reloj de pulsera en la muñeca izquierda. Mientras se alejaba, su reloj emitía destellos brillantes. Prom se empeñó en explicarnos el comercio del arroz y su papel en la economía de la región pero no le hicimos caso. Nos pusimos de nuevo en marcha y, poco a poco, abandonamos aquella dulce planicie. Una doble cadena de colinas blancas de mediana altura la cerraba por el este seprándola del río. Atravesamos dos o tres pequeños puertos, sorteamos varios camiones cargados de maquinaria y de troncos de madera y, de pronto, al coronar un alto y girar a la izquierda, entre dos taludes de mediana altura, lo vimos: ancho, poderoso, tranquilo... “El Mekong”, exclamé emocionado, “el río más

indómito de Asia”. Poco después iniciábamos el descenso hacia sus orillas.

Llegamos a Sop Ruak a eso de las seis y nos detuvimos en el mirador del templo para contemplar la frontera entre Birmania, Laos y Tailandia - justo donde el Mae Ruak desemboca en el Mekong - y las deshabitadas islas del centro del río, con una mezcla de asombro y arrobó. En ese punto el Mekong describe un meandro enorme que deja Birmania y Tailandia a la derecha y Laos a la izquierda, y uno tiene la sensación de que al fondo y a los lejos pueden atisbarse las lejanas cumbres de las montañas chinas. Por alguna razón me vinieron a la memoria Visegrad y la impresionante vista de la curva del Danubio desde los altos bosques de Pilis donde murió el emperador Adriano. Pasé unos segundos buscando similitudes y diferencias entre ambos paisajes.

Un ruido seco y fuerte, que resultó ser un conjunto sucesivo y rápido de pequeñas explosiones, me sacó de mi ensueño. Un canoa rápida de casco naranja y largo motor fuera borda remontaba el cauce por el lado laosiano. Fue nuestro primer encuentro con un medio de transporte y recreo muy popular últimamente en estas aguas y que todos los años se cobra decenas de vidas. El Mekong no es alguien con quien se pueda jugar impunemente.

Dejamos el equipaje en el hotel, nos despedimos de Prom y del chofer hasta la mañana siguiente y nos fuimos a recorrer la ciudad. El camino hacia el centro trascurría a orillas del río, no podíamos dejar de mirarlo y a ratos tuve la sensación de que él también nos miraba. Fuimos, cómo no, al Museo del Opio. Allí aprendimos que el Triángulo de Oro consiste en una extensión de casi 200.000 kilómetros cuadrados de territorio birmano, tailandés y laosiano que desde mediados del siglo XIX hasta hace unas pocas décadas fue la principal zona suministradora de opio y

heroína a China. Por entonces los viajeros europeos al Imperio del Centro afirmaban que en esta zona de Asia el “opio es la religión del pueblo” casi al mismo tiempo que un célebre filósofo nacido en Alemania sostenía que en Europa “la religión es el opio del pueblo”.

El museo es una casita de dos pisos con cinco o seis habitaciones repletas de paneles con mapas y fotos, y vitrinas con pesas y pipas, más una pequeña tienda de recuerdos a la entrada. Muchas de las leyendas están escritas a mano con tintas de distinto color y el conjunto parece más una exposición de los trabajos de fin de curso de un colegio de secundaria que una institución seria. Pero la información es rigurosa y muchos de los materiales, sobre todo las colecciones de pesas y pipas tienen un gran valor. Hay una sección dedicada al pez-gato del Mekong, uno de los peces de río más grandes del mundo. Este pez sube desde el delta cada año para desovar en estas aguas lo que ha dado origen a un torneo anual de pesca que

empezó siendo artesanal y ha acabado convirtiéndose en una atracción turística de alcance asiático y hasta mundial.

Antes de abandonar el recinto, me atrajeron dos leyendas. Alguien se había molestado en resumirlas en cartón azul sobre el que habían pegado unas tiras de papel blanco escritas a máquina. Según la primera, sobre la tumba de una mujer sana la planta del tabaco nace a la altura de los pechos y la adormidera a la altura de la vagina. De acuerdo con la segunda, el pez-gato fue creado por Dios para alimentar a un ejército chino que andaba desabastecido; además, el comerlo fortalece la inteligencia. La imagen de las mujeres como terreno donde florecen los vicios y la de los hombres como guerreros inteligentes parece no tener fronteras. Puestos a elegir, y pese a mi natural más bien austero, me dije, en este caso prefiero los vicios.

En el paseo junto río, había un mercadillo donde, entre otras cosas, vendían encurtidos de frutas. Regresamos

despacio, degustando los encurtidos, evitando las manadas de perros vagabundos y sintiendo venir la noche desde la otra orilla. Cenamos cerca del hotel, en la terraza de un pequeño restaurante junto al río, a la romántica luz de unas gruesas velas antimosquitos. En el Triángulo de Oro el tamaño de los mosquitos no desmerece del del pez-gato. Al otro lado del río, la oscuridad y el silencio eran completos: ni una luz, ni un sonido. Laos no es un país ni muy poblado ni demasiado electrificado. Decenios de invasiones y guerras, y una larga autarquía económica, lo han dejado en un estado de postración del que no acaba de salir.

El viaje hasta Chiang Khong duró poco más de una hora. Despertamos de noche, recogimos nuestras cosas todavía adormecidos, pagamos la cuenta y recibimos las cajitas con el desayuno justo a tiempo de salir a la hora prevista. Prom, siempre previsora, insistía en la necesidad

de llegar a la frontera laosiana antes de que se abriera la aduana. Evitaríamos así colas y demoras innecesarias. Gracias a ello vimos un amanecer sobre los arrozales del valle del Mekong cubiertos por un mar de nubes. Atravesamos pequeños puentes guardados por puestos de policía recién pintados y protegidos por sacos terreros de colocación reciente. Cruzamos Chiang-Saen, el puerto tailandés más importante sobre el río y una de las ciudades más antiguas de Tailandia pues fue fundada por Saenphu, nieto del rey Mengrai, en 1328. Tomada por los birmanos en 1558 y liberada en 1804 por el rey Rama I, fue incendiada después por el propio rey para evitar que los birmanos la conquistasen de nuevo. La ciudad actual data de 1880. El Departamento de Bellas Artes de Bangkok ha elaborado una lista de sesenta y seis ruinas históricas dentro de la ciudad amurallada y otras setenta y cinco fuera de ella. Todo esto se lo leí a Pilar en voz alta mientras atravesábamos la ciudad sin detenernos. De Chiang-Saeng nosotros solo

vimos tres barcos de carga chinos atracados en el puerto y una hilera de camiones aguardando al otro lado de la carretera.

Entre Chiang-Saeng y Chiang-Khong cruzamos más puentes protegidos con sacos y pequeños poblados con niños uniformados y listos para ir a la escuela. También había monjes de cabeza rapada y túnicas de color azafrán que caminaban descalzos por el arcén. Marchaban en filas de tres y de cuatro, con un cuenco en la mano y haciendo sonar una campanilla en demanda de las donaciones que les permitieran tomar su única comida del día. A medida que nos acercábamos, Prom nos iba explicando que Chiang-Khong es todo lo que le queda a Tailandia de un gran territorio que ahora pertenece a Laos. “Los franceses nos lo quitaron a finales del siglo XIX para integrarlo en la Indochina francesa” explicó “Pero cuando en 1975, los comunistas tomaron el poder en Laos mucha gente cruzó el río y se estableció en Chiang-Khong”. Comenté que había

oído que la tensión política y militar entre Tailandia y Laos se había mantenido viva hasta fechas recientes. “Sí” admitió “Pero ahora el gobierno laosiano quiere reintroducir el capitalismo y las cosas están mejorando. Hay más comercio. Y los laosianos nos miran con otros ojos”. Imaginé que se refería a los dirigentes pues no tenía pocas dudas de los ojos con que les habrían estado mirando durante todo ese tiempo los laosianos de a pié desde el otro lado del río.

Aparcamos donde pudimos, arrastramos las maletas calle abajo y nos colocamos frente a una ventanilla que, como todas las de su clase en el mundo, no era la que nos correspondía. Pero no había mucha gente, éramos los primeros occidentales del día y fuimos atendidos con rapidez. Mientras la policía tailandesa nos sellaba los pasaportes observamos el movimiento barcas, personas, carromatos y enseres. Decenas de personas nos observaban observarlos sin inmutarse. La mayoría no hacía nada y no parecía tener intención de hacerlo. Para nuestra

tranquilidad, el río bajaba en calma. Los dorados brillos de su superficie transmitían fuerza pero también mansedumbre y sosiego. O, al menos, eso parecía.

Nos despedimos de Prom, de su impecable eficiencia, de su conversación intrascendente y de su voz chillona. Por instante, creí percibir un punto emoción en su rostro pero seguramente me confundí. Nos despedimos del chofer quien, con un emotivo y gutural “Goodbye”, demostró no ser del todo mudo. Comprobamos nuestros visados y billetes de barco, cargamos las maletas y las mochilas y nos encaminamos hacia la aduana, que era una choza con dos funcionarios y una sencilla mesa de madera sobre la que había tampones, formularios y sellos.

El trámite fue sencillo. Hasta cierto punto me pareció lógico que los aduaneros tais mostraran más interés en los hatillos y bultos de las mujeres laosianas que pugnaban por entrar en Tailandia que en las maletas de unos cuantos guiris lo suficientemente estúpidos para irse a Laos.

Quienes en Laos pueden pagar mercancías tailandesas no necesitan contrabandear en un pequeño paso de río. Por el contrario, la mayoría de las laosianas llegadas en las primeras lanchas de la mañana parecían habituales del cruce. Nos dirigimos al embarcadero. Se suponía que al otro lado, en Huay Xai, íbamos a tomar el barco que nos llevaría hasta Luang-Prabang.

Un agente de la compañía del barco comprobaba los nombres. Los nuestros no aparecían en su lista. Insistimos. El agente era un tipo grueso, sudoroso y agitado, con un oficio complicado por el que seguramente no le pagarían mucho y le acabábamos de crear un problema. “Por supuesto que hemos reservado”, dijimos. “Y pagado por anticipado. Sí, sí, hasta Luang Prabang. Aquí está el resguardo. Debe ser un olvido o una confusión. *Please, call to your boss and check it*”. “Para eso se inventaron los móviles” le insistió Pilar en español y con una mímica fácilmente entendible en cualquier idioma. Al final, nos

incluyó a mano en su lista, la releyó varias veces y asintió con la cabeza. Parecía tratarse de un encargado del tipo “*quien-no-está-en-mi-lista-no-existe-pero-a-quien-yo-pongo-ahí-ahí-se-queda*”. Eché de menos la amable sonrisa con la que los tai suelen finalizar estos asuntos.

Las lanchas que cruzan el Mekong son largas y estrechas, semejantes a las que habíamos visto bajar por el río Kok hasta Chiang-Rai. Pero el Mekong no es el Kok. En este punto el río tiene medio kilómetro de ancho. La travesía dura poco más de cinco minutos pero para llegar de un embarcadero al otro, el barquero ha de desviar la proa cuarenta y cinco grados de la vertical en dirección contraria la corriente. Solo así logra compensar el empuje de las aguas. Mientras cruzábamos observé de cerca la superficie del río. Me recordó la piel grasienta y espesa de un anfibio. No me atreví a tocarla. La lancha iba casi llena: la mitad éramos turistas, la otra mitad laosianos de uno y otro lado. Los equipajes iban en otra piragua, nos dijeron que

directamente al barco. De vez en cuando, gruesos troncos semihundidos y largas ramas pasaban flotando a nuestro lado. Viéndolos pasar nos dimos cuenta de la enorme velocidad del agua. El barquero ni se inmutó y yo no quise ni pensar qué pasaría si alguno de esos troncos chocaba contra nuestra lancha. Sobre todo porque no llevábamos chalecos salvavidas. Al parecer, no estaba previsto que estas barcas vuelquen.

Cuando llegamos, tres o cuatro agentes laosianos en uniforme azul añil nos recibieron con una sonrisa y nos hablaron en francés. Eran altos, flacos, de tez pálida, llevaban unas gorras enormes y no portaban armas. Nos explicaron que disponíamos de una hora antes de que zarpase nuestro barco. Subimos por la calle del embarcadero hasta la avenida principal que parecía también la única pavimentada. Las casas tenían dos pisos: un pequeño negocio familiar en el bajo y la vivienda arriba. La mayoría eran tiendas de comestibles o pensiones

minúsculas. Muchas vendían tabacos y alcoholes occidentales, presumiblemente de contrabando.

Elegimos la terraza de una *guest house* frecuentada por mochileros alemanes y británicos y devoramos lo que quedaba de las cajitas del desayuno con un té humeante que nos devolvió el ánimo. Para matar el rato leí en voz alta la descripción que la Lonely Planet hacía de Huay Xai. Siempre me ha resultado curioso comprobar el modo en que otros describen lo que tengo ante mis ojos. Regresamos calle abajo, hacia el embarcadero, y nos sentamos a esperar. Supusimos que alguien nos avisaría o vendría a buscarnos.

Nos dedicamos a contemplar el ancho río y el tráfico de barcas, barcazas, canoas y motoras que a esas horas empezaba a ser muy nutrido. Vimo Chang Khon, en el lado tai, con su amplio embarcadero, sus casas de ladrillo rojo, sus altas farolas, sus antenas de televisión y radio y, algo más atrás, en lo alto de unas verdes colinas, una colonia de

pequeñas mansiones pintadas de blanco. Al llegar, y en comparación con Chiang-Rai, e incluso con Sop Ruak, nos había parecido un villorrio pequeño, sucio y destartalado. Ahora representaba la civilización y el desarrollo. Verlo ahora desde el otro lado nos permitía comprender cuánto había cambiado la perspectiva, hasta qué punto, aunque la gente tuviera más o menos el mismo aspecto, y la distancia entre ambas orillas no superara el kilómetro en línea recta, acabábamos de entrar en otro país y en otro río.

Alberto Infante Campos